

»Tendida sobre almohadones, lo veo todo como en sueños.

»Las montañas ceden plaza a las llanuras; las villas a los pueblos.

»Cierro los ojos y la vida del ayer vuelve.

»¡Qué placer el correr por nuestra memoria como corre, por los rieles el tren de llamas!

»Y qué angustia la de esperar el próximo término del viaje; estrujado el pecho, muerto el respirar.

»Abro los ojos y vientos cargados de flores me acarician, me hablan de colores—fuertes y desvanecidos—invisibles tornasoles de sus alas.

»Mis pensamientos son entonces negras nubes que ruedan por el azul y que un rayo de sol espanta».

¿Escribió esta *Oda al Tren* un poeta novísimo?

No. La escribió la Emperatriz china T'Seu Hai.

Sobre un rojizo pergamino esquinado de dragones de oro, con largos jeroglíficos dibujados, fijóla la Emperatriz cuando el tren, que se había abierto paso por un boquete de la Gran Muralla Cerrada, la devolvía del destierro a sus palacios de la Villa Púrpura.

Venía la Emperatriz de los eriales de la montaña de Li-chan, llena de tumbas, a ocupar de nuevo el trono de la China, constelado de piedras y anegado de damascos. Retornaba la Emperatriz a la pompa de sus mansiones de porcelanas y bambúes en donde su vida se había escurrido empapada de las crueldades y de los heroísmos de las razas mongólicas; en donde había asesinado al enervado esposo, al hijo podrido, y en donde, antes de morir aún, debía estrangular al nieto débil para que un hombre, macho y potente, pudiera guiar los destinos de su Patria.

T'Seu-Hai, Emperatriz china, heroica, dura, cruel, poetisa de bellos versos nuevos y bellos versos remotos, te evocamos, bajo parasoles de túrgidas sedas y rodeada de fénix de oro, mientras presidías los desventramientos de mujeres que hicieron los tigres del Príncipe Kong, una larga crisantema de oro sobre la sonrisa de tus labios dorados.

Tan lejana de siglos que pareces, T'Seu-Hai, Emperatriz de la *Oda al Tren...* y tan cerca que de nuestras vidas has respirado.

### La leyenda del gigante y de sus siete esposas

Nos la contó un pastor...

En esta montaña vivió un gigante. Se supo su último día por una de sus siete esposas que lo amaron.

Era en tiempo de guerra y el gigante debía salir a pelear. Lo vistieron a

la luz de la aurora sus siete esposas, ateridas bajo los tenues velos que las cubrían. Fué la última vez.

Primero maceraron el cuerpo del gigante con los unguentos de la fuerza. Las manos minúsculas apenas se veían sobre la gran inmensidad velluda. Después le colocaron en las orejas los gruesos aretes fulgurantes; en los pies las sandalias ligeras. Después, entre las siete, arrastraron la sonora coraza. Al verlas avanzar, sonreía el gigante.

Una de las siete esposas le dijo: «Oh señor! Nosotras que nos adormecíamos todas las siete en vuestro regazo, y era el resplandor de vuestros aretes, heridos por el sol, el que nos despertaba!»

Otra de las siete esposas le dijo: «Oh señor! Nosotras que nos podíamos espejar todas en uno de vuestros ojos!»

Cargaron el casco, el fuerte casco crinado, protegido por férreo morrión. El velo de una de las siete esposas se rasgó y, tímida, tuvo que avanzar desnuda entre las siete púdicamente tapadas.

Por las entreabiertas cortinas de púrpura iba entrando aurora en la tienda.

Las siete esposas quisieron arrastrar la maza del gigante y no pudieron. Le dieron su puñal. En la brillante hoja se contemplaron las siete.

Dijo otra esposa: «Oh señor! Ausente vos, no podremos jugar a buscar las pequeñas manos dentro del frondoso bosque de vuestras barbas, ni contemplaremos el brillar de vuestras sortijas por entre la negrura de vuestro pelo.»

En el campo sonaron trompas guerreras y cornetas bélicas. El gigante no estaba vestido!

Las siete esposas unieron las pieles de toro que le servían de manto. Después, de puntillas, intentaron—imposible—llegar a la espalda del que estaba medio acostado sobre almohadones mullidos. Resbalaban las pieles. Con una de sus inmensas manos el gigante las sujetó y las esposas, agradecidas, sonrieron. Y alto, torre sobre las siete pequeñas cabañas que levantaban hacia él como humo mañanero su fervor, el cíclope se irguió.

Su respirar hacía que las cortinas de la tienda oscilaran. Claridades en el horizonte. Más toques de bélicas trompas en reto. Las cimas de las montañas se recortaban precisas sobre el cielo. Tres condores pasaban con largo aletear. Más toques, imperativos, en reclamo de combate.

El gigante, al despedirse, alcanzó con un beso a las siete esposas. Una de ellas le vació sobre la fuerte crin un puñado de perlas llenas de perfume. El las abrazó después.

Dentro de sus brazos eran las siete como siete nidos perdidos en las cor-

nizas inmensas de un templo antiguo.

Trompas, clarines. Un suspiro de la última estrella que se apagaba y un adiós de marcha. Las esposas lloraban unánimes junto a los brocados de la tienda que el amado dejaba.

Los enemigos del gigante, congregados al pie del monte, lo vieron descender, como un pedazo de montaña desprendido de la montaña. Detrás de él nacía el sol.

¿Con qué oscuro ardid lograron matarlo?

La leyenda del gigante y de sus siete esposas nos la contó un pastor.

RAMÓN VINYES

## Pío Baroja...

(Viene de la página 247).

gunta Corpus Barga que nos acompaña.

—Coraje sólo lo tienen los bandidos y los jugadores—responde.

Y Pío Baroja, que sonrís siempre y cada palabra que le alcanza le hace abrir las puertas de los tesoros múltiples que posee, habla de los hombres de coraje. Toda la gama. Y termina contándonos la vida del matón que llega a Toledo en plena epidemia de fiebre tifoidea. El hombre no encuentra con quien armar gresca. La ciudad está enferma de miedo. Lo han abandonado todo al matón, que se muere de tristeza. Asomados a los vidrios de las ventanas, unos cuantos vecinos le ven llegar a la plaza principal con un canasto de tomates. Nada tan temible, en tal ocasión, como los tomates, pues es voz popular que los tomates dan el tifus. El matón se come, ahí no más, los kilos de tomates que traía, desafiando a la muerte y no teniendo ya a quien provocar... Pero ya no creo en el coraje—termina Baroja.

—¿Y se vuelve usted a España?

—Sí, pero no se cuándo.

Y la piedra de honda del vasco parte hacia los Pirineos, mientras se le vela la voz de tristeza. ¿Piensa acaso en Unamuno?

Y añade:

—Como ahora todos los españoles tenemos algo de desterrados...

Baroja piensa cuando habla y logra exteriorizar—este hombre del Mediodía que pudo dejarse seducir por la frase brillante y ruidosa—la frialdad de su pensamiento, la claridad con que precisa la idea y el valor tan humano y modesto con que la emite.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

(Caras y Caretas, Buenos Aires).